

Basta echar un vistazo a la prensa salmón para darse cuenta del peso que las renovables tienen en la economía. La inversión, tan necesaria en un sector intensivo en capital, se ha fijado en él, y está desembarcando con firmeza, convencida de que las tecnologías limpias ya no son el futuro, sino la realidad, una realidad compuesta por más de 1.300 empresas que dan empleo a casi 200.000 personas. Si las renovables hoy sólo cubren un 6% de la demanda energética bruta del país es por el incremento desmedido del consumo y la baja hidráulica.

El Plan de Energías Renovables 2005-2010 (PER), aprobado el pasado 26 de agosto por el Consejo de Ministros para cumplir el mandato de la Ley del Sector Eléctrico -cubrir el 12% del consumo energético con renovables dentro de cuatro años-, es la hoja de ruta del crecimiento inmediato del sector. Las empresas ya están invirtiendo los casi 25.000 millones de euros que el PER exige para cumplirse.

No debe extrañar esta afluencia de fondos. Las renovables, autóctonas y limpias, están llamadas a garantizar el abastecimiento energético sostenible a largo plazo, y la inversión productiva piensa en ello, ahora que la dependencia energética -y el constante encarecimiento de los recursos fósiles- es una realidad aún más palpable que la pujanza de las tecnologías verdes. Además, en España tenemos suerte. El saber hacer de las empresas y la calidad de su tecnología nos ha convertido en un referente mundial.

La eólica, con más de 10.000 MW

TRIBUNA



JOSÉ MARÍA GONZÁLEZ VÉLEZ
PRESIDENTE DE LA ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE ENERGÍAS RENOVABLES (APPA)

La inversión ha desembarcado con firmeza en las renovables, porque este sector ya no es el futuro, sino una realidad.

Una realidad estratégica

instalados, ha llegado a cubrir el 20% de la demanda eléctrica y es uno de los pilares energéticos -junto al gas natural- de los próximos años. El trabajo conjunto de la industria del subsector y el gestor del sistema eléctrico está permitiendo unos porcentajes de penetración de la energía eólica en la red, únicamente sospechados hace apenas dos años, y la solución de problemas añadidos, como la escasa interconexión con Francia, dibujan un futuro aún más prometedor que el presente. Somos el segundo mercado mundial y el más dinámico de todos.

La solar térmica explotará en cuanto se apruebe el nuevo Código Técnico de Edificación y sea obligatoria su incorporación a los nueve millones de edificios del país. La mejor garantía de su éxito es el beneficio económico directo que tiene para los consumidores. Aplicada a la calefacción, el agua caliente y, desde

hace poco, la refrigeración, una instalación de 1.200 euros -lo mismo que un buen electrodoméstico-, permite ahorrar el 12% del consumo total de una vivienda media, esto es, unos 80 euros cada uno de los 25 años de vida útil de la instalación.

La demanda de solar fotovoltaica es excesiva en estos momentos. Nuevos actores del mercado -ilusionados con las expectativas irreales que han alimentado promotores sin rigor ni escrúpulos-, han propiciado una situación de burbuja que debe reconducirse con medidas administrativas y con buenas dosis de ética profesional, promovida desde las asociaciones sectoriales. En estos momentos, hay solicitudes de conexión que pueden superar los 6.000 MW pero, según los datos de la CNE en 2004, se instalaron 11 MW y en 2005 la cifra descendió a 9 MW (en los últimos cinco años la nueva potencia fotovoltaica conectada a la

red suma 30 MW). Los que han creído descubrir un buen negocio, incluso importando placas desde China, están poniendo en peligro una forma de generación todavía inmadura al lanzar mensajes a la Administración que no se corresponden en absoluto con la realidad.

La solar termoeléctrica, la más industrial de las solares, está alumbrando los primeros proyectos comerciales del mundo, a la par que EEUU, tras el éxito de la plataforma solar de Almería, el centro de investigación más importante de Europa en la tecnología. La acertada colaboración de las empresas y el Ciemat otorga a las primeras una importantísima ventaja competitiva en el mercado energético planetario que las ha colocado ya como líderes indiscutibles.

Los biocarburantes, especialmente bioetanol y biodiésel, son la apuesta a corto y medio plazo para

el transporte. Hasta el hombre más poderoso del planeta, George Bush, los ha señalado como uno de los focos de su nueva política energética. Y también aquí tenemos ventaja y conocimiento de causa: somos el mayor productor de bioetanol de Europa, y respecto al biodiésel, el pasado 2005, la producción pasó de 13.000 a 73.500 toneladas.

Otra renovable, menos conocida, el biogás, ligado al indispensable tratamiento de residuos, superó en 2003 los objetivos que tenía para 2010 y sigue creciendo. Y ya comienzan su propia historia de éxito tanto las recién llegadas mareomotriz y undimotriz -con prometedores proyectos de I+D-, como las innovadoras y eficaces aplicaciones de tecnologías renovables a numerosos procesos industriales.

También, desgraciadamente, están las renovables de segunda clase, las biomásas, sin resolver por ninguno de los Gobiernos, y la minihidráulica, maltratada de forma ignorante por todos aquellos que consideran los ríos de su exclusiva propiedad. La primera mira con expectación los movimientos la política agrícola de Bruselas y la segunda aguarda a que la prometida gestión coherente de los recursos hídricos se haga realidad.

En cualquier caso, el balance global es positivo y real, muy real. Los productores de energías renovables no dejamos de maravillarnos al constatar que hemos llegado a esta situación con el sistema de retribución más barato de Europa, y con unas directrices políticas a veces erráticas y poco definidas.